

maco asir á Mentor de la mano para salir de las de Idomeneo; pero este se puso en medio de ámbos, y les acompañó hasta el puerto: les mira, gime y principia muchas palabras sin poder acabar ninguna.

Entretanto se oye la confusa gritería de la marina: tesan las jarcias, izan las velas y empieza á soplar el viento favorable. Telémaco y Mentor se despiden del rey, que les estrecha entre sus brazos, y despues les sigue con los ojos hasta que el bajel se pierde de vista.

FIN DEL LIBRO VEINTE Y TRES.

LIBRO VEINTE Y CUATRO.

SUMARIO.

Durante la navegacion hace Telémaco que Mentor le explique varias dificultades que se le ofrecian acerca del modo de gobernar con acierto; y entre otras la de conocer á los hombres para servirse de los buenos, y no ser engañado de los malos. Al acabarse la conversacion, les obligó el mar á dar fondo en una isla donde acababa de llegar Ulises. Le vé Telémaco, y le habla, pero sin conocerle; mas luego que le vé reembarcarse, siente una secreta conmocion sin atinar con la causa: esplica-sela Mentor, le consuela, le asegura que pronto disfrutará de la compañía de su padre, y prueba su piedad y su paciencia retardando su partida para hacer un sacrificio á Minerva. En fin deja la diosa la figura de Mentor, permite que Telémaco la conozca, le da las últimas instrucciones, y desaparece; despues de la cual llega Telémaco á Itaca, y encuentra á Ulises su padre en casa del fiel Eumeo.

YA se empiezan á henchir las velas, levan el áncora, y la tierra parece que huye. El experimentado piloto percibe desde léjos los montes de Leucata (1), cuyas em-

(1) Leucata es un promontorio del Epiro.

pinadas cimas se esconden entre un torbellino de escarchas, y divisa tambien los montes Acroceraunos (1) que aun alzan al cielo su orgullosa frente, despues de haber sido tantas veces humillada con los rayos.

Durante la navegacion le dijo Telémaco á Mentor: Yo creo haber entendido las máximas de gobierno que me habeis explicado, sin embargo de que al principio me parecian un sueño; pero poco á poco las ha ido desenvolviendo mi entendimiento hasta presentármelas con claridad, así como los objetos parecen á la primera luz de la aurora sombríos y confusos, y como que salen despues de un caos, cuando la luz que se va insensiblemente aumentando les distingue, y les restituye, por decirlo así, su figura y su color natural. Estoy bien persuadido de que el punto principal del gobierno consiste en conocer las diferentes clases de talentos para emplearlos con oportunidad; pero me falta saber los medios de discernirlas.

Observando á los hombres, le respondió Mentor, es como se les conoce, y para observarlos se necesita verlos y tratarlos. Deben los reyes conversar con sus vasallos, estimularlos á que hablen, consultarlos y ponerlos en pequeños empleos, para ver si son dignos y capaces de otros mayores. ¿Cómo aprendiste en Itaca á entender de caballos? A fuerza de verlos, de notar sus defectos y perfecciones, de compararlos, y á fuerza de tratar con inteligentes. Pues del mismo modo, trata con frecuencia de las buenas y malas cualidades de los hombres con sabios y virtuosos que hayan hecho estudio

(1) Los montes Acroceraunos son los de la quimera de que se ha hablado ya, tambien en el Epiro.

en conocerlos, y aprenderás insensiblemente á caracterizarlos, y á conocer lo que de ellos debes esperar. ¿Quién te ha enseñado á distinguir los buenos de los malos poetas? La continúa lectura y las observaciones de sugetos de buen gusto. ¿Cómo has adquirido los conocimientos que tienes sobre la música? observando cuidadosamente diferentes composiciones. Pues si no hay otro medio, ¿cómo se podrá gobernar bien á los hombres sin conocerlos? ¿y cómo se les conocerá sin vivir con ellos ni tratarlos? El verlos en público, en donde solo se habla de cosas indiferentes y preparadas con estudio, no es tratarlos ni vivir con ellos; para esto es necesario verlos en particular, sacarlos de lo íntimo del corazon los designios que en él ocultan; es necesario sondearlos para conocer la profundidad de sus talentos; sus máximas, su carácter y su genio. Pero para juzgar con acierto se debe dar principio por el conocimiento de lo que deben ser, y saber lo que constituye un mérito sólido y verdadero para distinguir á los que realmente le tienen de los que le aparentan.

Continuamente se está hablando de virtud y de mérito, sin tener ideas del mérito ni de la virtud: estos son unos nombres especiosos, unos términos insignificantes para la mayor parte de los que se honran con tenerlos siempre en la boca. Sin principios sólidos de justicia, de razon y de virtud, no es posible conocer á los que los tienen: ni distinguir, sin un íntimo convencimiento de las máximas que constituyen un sabio y buen gobierno, á los que las siguen de los que con falsas sutilezas se apartan de ellas. En una palabra, así como para medir muchos cuerpos se necesita una medida fija, así para juzgar de los hombres nos son precisos principios

constantemente que dirijan nuestros juicios. Es tambien necesario saber cual es el objeto de la vida humana, y cual el que debe proponerse un príncipe en el gobierno de sus vasallos. Debe ser, pues, su único y esencial objeto no querer jamas para sí la autoridad y la grandeza, pues esta ambición solo serviria de satisfacer un orgullo tiránico. Un rey justo se ha de sacrificar á los infinitos cuidados que son anejos al gobierno para hacer buenos y felices á sus vasallos; y el que carece de aquellos conocimientos y de estas disposiciones, anda toda su vida á tientas, y solo por casualidad acierta; semejante á una nave en alta mar que no tiene piloto que la dirija, ni quien observe los astros, ni le preserve de los peligros que en la vecina costa la amenazan. ¿Cómo evitará el naufragio?

Sucede muy á menudo que por no saber los príncipes en que consiste la verdadera virtud, ignoran lo que deben buscar en los hombres. Es para ellos la virtud tan áspera, y les parece tan austera y libre, que les espanta y les irrita, y de aquí el que sean tan inclinados á la lisonja; ¿y cómo hallarán en ella sinceridad ni virtud? Corren tras una apariencia de gloria, y se hacen indignos de alcanzar la verdadera. Se acostumbran á creer que no hay sólida virtud en los hombres, porque aunque los buenos conocen bien á los malos, estos ni conocen á los buenos, ni aun creen que los hay en el mundo; y de estos principios nace el que de todos igualmente desconfien: se ocultan, se encierran, sospechan aun en lo mas despreciable, temen y se hacen temibles, huyen de que se les conozcan, se hacen simulados, y no se atreven á presentarse en su natural; pero á pesar de su cuidado, no dejan de ser conocidos, porque la curiosidad maligna de los vasallos todo

lo penetra y lo adivina todo, al paso que ellos no saben como conocer á ninguno. Los palaciegos que los rodean se alegran de verles inaccesibles, y aun ellos mismos les confirman en la opinion de que se degrada la magestad si se familiariza; y esto porque ven por experiencia que el rey, que es inaccesible á los hombres, lo es tambien á la verdad; y no conociéndola, pueden mas á su salvo infamar con injuriosos informes, y alejar del trono á cuantos pudieran desengañar al que le ocupa. Semejantes reyes pasan la vida en una bestial grandeza, siempre temiendo ser engañados, siéndolo siempre, y mereciendo serlo. El que solo trata con pocos, insensiblemente contrae sus defectos y sus preocupaciones, pues aun los buenos los tienen; y como al mismo tiempo que se priva del trato de los hombres, se priva del único medio de conocerlos; es preciso que para juzgarlos proceda por lo que le digan los noveleros, raza vil y maligna, que se alimenta con ponzoña, y vicia las cosas mas inocentes, abulta las pequeñas, supone delitos por no dejar de hacer mal, y á la cual sirve de regocijo la desconfianza y la indigna curiosidad de un príncipe débil y desconfiado.

Aprende, pues, mi amado Telémaco, aprende á conocer á los hombres, examinándolos, haciéndoles hablar á unos de otros, experimentándolos poco á poco; pero sin entregarte á ninguno: aprovéchate de tus esperiencias cuando yerres en tus juicios, que no dejará de sucederte, porque es mucha la perfeccion con que poseen los malos el arte de disimular para sorprender á los buenos. Aprende tambien de tus equivocaciones á no juzgar con precipitacion bien ni mal de ninguno, porque es muy peligroso; y de este modo tus mismos errores serán tu mejor leccion. Cuando estés satisfecho

de la virtud y del talento de un sugeto, sírvete de él sin recelo, porque los hombres de bien quieren que se honre su rectitud, y mas aprecian la confianza que los tesoros; mas procura no viciarlos dándoles un poder ilimitado, porque uno que sin él hubiera sido toda su vida virtuoso, deja de serlo corrompido con la escesiva autoridad y riquezas que le ha dado su dueño. El rey, que tiene la dicha de hallar en todos sus estados dos ó tres verdaderos amigos, de una prudencia y de una bondad constantes, muy pronto sabe por su medio de otros que les son semejantes. Por los buenos, á quienes honra con su confianza, sabe lo que por sí le era imposible acerca de los demás hombres.

¿Pero es cierto, como lo he oido decir muchas veces, preguntó Telémaco, que un rey necesita servirse de los malos siempre que tengan algun talento particular? Verdad es, le respondió Mentor, que muchas veces se ven en la necesidad de servirse de ellos. En una nacion en que reina el desórden, se hallan constituidos en autoridad hombres injustos y fraudulentos: tienen empleos importantes, que no es fácil quitarles, y han adquirido la confianza de ciertos poderosos con quienes es preciso contemporizar: lo es tambien contemporizar con ellos mismos por mas indignos que sean; porque es temible el resentimiento de un malvado que se halla en disposicion de trastornar el estado entero. Conviene, pues, servirse de ellos por algun tiempo, mas con la mira siempre de irles poco á poco haciendo inútiles. Pero guárdate de admitirlos nunca á tu verdadera é íntima confianza, porque es fácil que abusen de ella, y que te veas obligado á tu pesar á tolerarlos porque no revelen tus secretos; y este lazo ú opresora cadena, es mas difícil de romper que las mas pesadas

de hierro. Empléales en negociaciones de poca consecuencia, trátales bien, y válete de sus mismas pasiones para empeñarles á que te sean fieles, pues con ellos es el único arbitrio; mas nunca les reveles tus secretas deliberaciones. Ten siempre dispuesto un medio de hacerles obrar segun tus fines, pero sin entregarles nunca la llave de tu pecho, ni de tus negocios. Y cuando esté ya tranquilo el estado, bien ordenado, y regido por hombres de cuya virtud y prudencia estés seguro, verás irse poco á poco haciendo inútiles los pérfidos, de quienes ántes tenias necesidad de servirte. Pero no por eso se ha de dejar de tratarles bien, pues no es lícito ser ingrato ni aun con los malos; mas en este buen trato debe ir envuelta la idea de hacerlos buenos. Débenseles tolerar ciertas flaquezas que se perdonan á la fragilidad humana; pero puesta siempre la mira en ir recobrando, aunque sea poco á poco, la autoridad de que se habian revestido para contener los excesos en que abiertamente incurririan si se les dejase obrar á su arbitrio. Además de que siempre es reprehensible servirse de un malo para hacer lo bueno; y aunque este mal sea muchas veces inevitable, debe sin embargo procurarse extinguirle aunque sea á fuerza de tiempo y cuidado. Un príncipe sabio, que tenga por objeto la justicia y el buen orden, llegará á no necesitar para nada á esos hombres corrompidos y simulados, y hallará bastantes buenos con la suficiencia necesaria de quienes poder servirse.

Mas no basta encontrar buenos vasallos en una nacion, es necesario crear otros. Gran dificultad es esa, dijo Telémaco. Ninguna, le respondió Mentor. La diligencia con que busques los sugetos instruidos y virtuosos para elevarlos, moverá á los que se hallen con

talento y disposicion; y todos se esforzarán á merecer. ¡ Cuántos yacen en una oscura ociosidad, que alentados con la seguridad del premio fueran unos grandes hombres! ¡ cuántos hay que la miseria y la imposibilidad de medrar por el camino de la virtud, incita á seguir él del vicio! Siempre que recompenses el mérito y la virtud, no temas que te falten virtudes ni talentos que premiar. Pero ¿ cuántos hombres eminentes puede formar un rey haciéndoles subir de grado en grado desde los últimos hasta los primeros empleos? Así ejercitaria sus talentos, tendria pruebas de su capacidad, y de la sinceridad de su virtud. Los que ascendieran á las primeras dignidades serian educados á vista del príncipe que les habria observado toda su vida, y que podria juzgar de su mérito, no por sus palabras, sino por una série continuada de acciones.

Mientras que así instruía Mentor á Telémaco, notaron que un navío feacio (1) habia arribado á una pequeña isla, desierta y salvaje, ceñida de espantosas rocas. Al mismo tiempo sobrevinó una calma, que ni aun se sentia el dulce soplo de los mansos céfiros: quedóse el mar tan terso como un espejo, y las inanimadas velas en nada coadyuvaban al esfuerzo de los ya fatigados remeros, fué, pues, necesario arribar á aquella isla, que mas era un escollo que tierra habitable, y á la que en otro tiempo de ménos calma hubiera sido peligroso acercarse.

No esperaban los Feacios con ménos impaciencia el

(1) Feacio, esto es, de Corcira, hoy Corfu, isla del mar Ionio en las costas del Epiro, del cual está separado solo por un canal de unas dos leguas de ancho.

viento que los Salentinos. Adelantóse hácia ellos Telémaco, y preguntó al primero que encontró si habia visto á Ulises, rey de Itaca, en casa del rey Alcinoo (1).

Aquel á quien por casualidad preguntó no era Feacio: era un extranjero desconocido, de aspecto magestuoso; pero triste y abatido, y tan pensativo, que se creyera no haber oido la pregunta si despues de un breve rato no le hubiera respondido: Es cierto que Ulises fué recibido en casa del rey de Feacia como en un asilo donde se teme á Júpiter, y donde se ejerce la hospitalidad; pero ya no está allí. partió para su pátria, si aplacados los dioses permiten al fin que vuelva á saludar sus penates.

Apénas pronunció con tristeza estas palabras, cuando presurosamente se entró en un bosque muy espeso que habia en la cima de un collado, desde donde miraba con atencion al mar, huyendo de los hombres que se le ponian delante, y mostrando cierta inquietud por continuar su viage.

Mirábale Telémaco de hito en hito; y cuanto mas le miraba, mas se conmovia y admiraba. Este desconocido, le dijo á Mentor, me ha respondido como quien oprimido de dolor apénas oye lo que se le dice. ¡ Cuánto compadezco á los infelices desde que yo tambien lo soy! Al ver á este, siento que mi corazon toma parte en su pena sin saber porque, ántes me ha recibido con tanta indiferencia, que apénas se ha dignado oirme y responderme; y no obstante no puedo ménos de desear el pronto fin de sus males.

(1) Alcinoo era un rey de los Feacios, que recibió á Ulises despues de su naufragio.

Mentor le respondió sonriéndose : En eso conocerás cuanto aprovechan los infortunios : ellos hacen que sean los príncipes moderados y sensibles á los trabajos ajenos. Los que nunca han probado mas que el dulce veneno de la prosperidad se figuran ser dioses ; quieren que las montañas se aplanen por complacerlos ; tienen en nada á los hombres , y se burlan de la naturaleza entera. Si oyen hablar de miserias y trabajos , no saben de que se habla ; es para ellos un sueño , porque nunca han experimentado la diferencia que hay del bien al mal. Solo el infortunio puede inspirarles compasion , y trocar su corazon de bronce en corazon humano ; entónces es cuando conocen que son hombres , y que deben tener cuenta con los que les son semejantes. Dime , si te compadece tanto un desconocido , sin mas que porque le ves errante como tú , ¿ cuánto mas deberá compadecerte el pueblo de Itaca , si llega tiempo de que le veas padecer ? ¿ ese pueblo que te habrán confiado los dioses como se confia un rebaño á un pastor , y cuya infelicidad acaso proceda de tu ambicion , de tu fausto ú de tu imprudencia ? Reflexiónalo bien ; y no dudes que cuanto padecen los pueblos es por culpa de sus reyes , que debian poner todos sus conatos en evitar que padeciesen.

Miéntras habló Mentor , estuvo Telémaco sumergido en la mayor tristeza y descontento , hasta que por fin le respondió con alguna turbacion : Si todo eso es cierto , infelicísima es la condicion de rey : él es esclavo de los que parece que le obedecen ; y no es tanto para mandarlos , como para servirlos : debe proveer sus necesidades , y ser el defensor de todos y cada uno : necesita acomodarse á sus flaquezas , corregirlos como padre , y hacerlos cuerdos y felices. La autoridad que parece

tener no es suya , ni puede emplearla en su propia gloria , ni para sus comodidades ; es toda de las leyes , y á ellas debe obedecer el primero para dar ejemplo á sus vasallos. Hablando con propiedad no es mas que el defensor de las leyes , el que incesantemente debe velar sobre su observancia , es el hombre ménos libre y tranquilo de su reino , es un esclavo que sacrifica su reposo y libertad á la libertad y felicidad pública.

Es verdad , respondió Mentor , que el rey no lo es sino para que cuide de su pueblo como un pastor de su rebaño , ó un padre de su familia. ¿ Pero te parece infelicísimo porque tiene que hacer bien á tanto número de personas ? El rey corrige con castigos á los malos , anima con recompensa á los buenos ; en una palabra , representa á los dioses conduciendo al género humano por el camino de la virtud. ¿ Te parece poca gloria el hacer observar las leyes ? La de hacerse superior á ellas no merece mas que el horror y el desprecio. Si el príncipe es un malvado , será tambien infeliz , pues no encontrará paz alguna en la satisfaccion de sus pasiones y de su soberbia ; y si fuere justo , en su misma justificacion sentirá el placer mas puro y mas sólido de todos los placeres , y recibirá de los dioses un galardón eterno.

Agitado Telémaco de una interior displicencia , parecia como que nunca habia entendido estas verdades , aunque estaba de ellas tan persuadido , que las habia enseñado ; pero un humor negro le sugeia contra sus propios sentimientos un espíritu de contradiccion y sutileza para impugnarlas. Oponia á las razones de Mentor la ingratitud de los hombres. ¿ Qué , decia , se ha de afanar un rey por merecer el amor de los hombres , de quien acaso no se verá jamas correspondido ,

y para hacer bien á unos indignos que empleen estos mismos beneficios en daño de quien se los hizo?

Siempre se debe contar con su ingratitud, le respondió Mentor; pero nunca dejarles de hacer bien, no tanto por ellos, como porque así lo ordenan los dioses. Jamas se pierde el bien que se les hace; porque si los hombres le olvidan, le tienen presente los dioses, y le recompensan. Además de que si la multitud es ingrata, nunca faltarán hombres virtuosos que os amen y sean reconocidos. Hasta la misma multitud inconstante y caprichosa no deja tarde ó temprano de hacer justicia al mérito.

Pero aun hay medio para evitar la ingratitud: no te empeñes únicamente en hacerlos ricos y formidables en la guerra, ni en que abunden en comodidades, porque esto les corromperia y haria mas inicuos, y de consiguiente mas ingratos: fuera hacerles un funesto presente, fuera ofrecerles un dulce veneno. Empénate sobre todo en rectificar sus costumbres, en inspirarles amor á la justicia y temor á los dioses; inspírales humanidad, fidelidad, moderacion y desinterés; haz que se posean de estos sentimientos, y que les aprecien como el conjunto de todos los bienes; y entónces vive seguro de su reconocimiento, porque no es posible que un virtuoso deje de amar á quien le inspiró la virtud. De este modo, facilitándoles á ellos los bienes verdaderos, á tí mismo te beneficias, y no tienes que temer su ingratitud. ¿Qué extraño será que los hombres sean ingratos á unos príncipes que les han familiarizado con la injusticia, con la mas desenfrenada ambicion, con la inhumanidad, con la altivez y con la mala fé? Un príncipe no debe esperar que hagan sus vasallos mas que lo que en él hayan aprendido. Si por el contrario em-

please su ejemplo y su autoridad en hacerlos virtuosos, podria esperar coger en sus virtudes el premio de sus trabajos; y cuando este le faltase, en la suya propia y en la amistad de los dioses hallaria el mas dulce consuelo de su engaño.

Luego que acabó Mentor, se dirigió Telémaco á un anciano que se hallaba entre los Feacios, y le preguntó de donde venian, adonde iban, y si habian visto á Ulises; y el anciano le respondió:

Venimos de Feacia, nuestra tierra, y vamos por mercaderías á Epiro: Ulises, como ya os lo han dicho, estuvo y salió de ella. ¿Quién es, continuó Telémaco, ese hombre tan triste, que busca los sitios mas solitarios mientras se hace á la vela vuestra nave? Ese es, respondió el anciano, un estrangero que no conocemos: dicen que se llama Cleomenes, que es natural de Frigia, y que ántes de nacer predijó un oráculo á su madre que seria rey sino permanecia en su pátria; y que si permanecia la afligirian los dioses con una peste cruel. Luego que nació, le entregaron sus padres á unos marineros para que le llevasen á Lesbos (1), donde le criaron de oculto á espensas de su pátria que tanto se interesaba en alejarle. Creció, se hizo robusto, agradable y á propósito para todos los ejercicios corporales: se aplicó tambien á las ciencias y á las bellas artes, en las que muy pronto sobresaliéron su buen gusto y su genio; pero en ningun pais se le permite, porque habiéndose hecho célebre la prediccion, es en todos in-

(1) Lesbos, hoy Metelin, es una isla del Archipiélago, á dos leguas de la costa de la Natolia, entre Esmirna y el estrecho de Galipoli.